

Qué alegría entre conservadores, mauristas, reaccionarios, trogloditas y demás gente de semejante calaña cuando el último desesperado y victorioso avance alemán hacia París! Ya descontentaba la próxima entrada del Kaiser en la capital de Francia y la paz inmediata, la paz alemana se entiende, y el aniquilamiento de esa revolución española que se han forjado. Porque todo eso no lo veían sino a través de nuestra menzura y vil política interior.

En Madrid, en la charca central emisora de fiebre palúdica del espíritu, y en el centro del paludismo político madrileño, en el Congreso, cofre de la vileza nacional española, se hablaba ya de un Gabinete maurista, o más bien de eso que llaman Defensa Social, homogéneo y de largos años de "orden"; de lo que aquí se llama orden. Del problema mundial, del conflicto de dos concepciones políticas, de la conferencia de la paz, de la Liga de las Naciones, de la democracia o el imperialismo, de nada de esto se hablaba. No parece sino que no existe en el mundo más que esta nuestra política interior española, que ni es política, ni es interior ni menos es española.

No hay mentira mayor que la germanofilia española como no sea acaso la aliadofilia española también. El germanófilo español ni sabe ni quiere saber nada de Alemania ni se ha preguntado jamás por las causas de la guerra. En el fondo parece creer que los súbditos del Kaiser están matando y se están dejando matar no más que para acabar con las veleidades revolucionarias — lo que se les antoja así— de unos cuantos españoles inquietos que no se avienen con este régimen. Aunque, ¡vaya si se avienen! Los germanófilos españoles son pobres trogloditas, o a lo sumo espíritus medievales que se imaginan que el triunfo de Alemania significa la corroboración de nuestro régimen de siesta y buñuelos.

Y cuando la fulminante ofensiva fué detenida y se alejó la perspectiva de un triunfo completo y vino el discurso de Clemenceau hablábase ya de un Gobierno liberal—lo que aquí se llama liberal— y aliadófilo—lo que se llama así—y empezó a reponerse el antes despreciado papel Romanones. Porque ya se sabe que la guerra no es sino una gran carrera sangrienta para jugar los

papeles Maura y Romanones y La Cierva y Cambó y demás etiquetas. Porque hay una bolsa política cien veces más repugnante que la otra. Y cuidado que la otra lo es.

¿Es acaso que el liberalismo español—de alguna manera hay que llamarle—o si se quiere el supuesto revolucionarismo se apoya en las democracias civiles que luchan contra el imperialismo militarista germánico? No, ni mucho menos. Ese liberalismo no se apoya en nada ni en rigor existe. Y para ver que no se apoya en las democracias civiles de Europa y América basta ver su actitud frente a los atentados de Alemania contra la dignidad y la independencia de España. Es decir, contra lo que debería ser así, pues la actual envilecida España ni es digna ni tiene de independiente nada.

Por su parte, los aliados no hacen nada por España, por lo que pueda haber de democracia en España. Acaso su conducta les parezca a ellos mismos prudente, y quiera Dios que no se equivoquen más de la cuenta. Pero tal vez se han percatado que las izquierdas españolas, por su parte, no quieren ver en la guerra sino un juego para cotizar sus valores interiores y que la España revolucionaria — llamémosla así—es tan hermética, tan casera, tan cerrada en sí, tan cantonal, tan de siesta y buñuelos, como la otra, como la del orden. La revolución española es una revolución para andar por casa, doméstica. Y es acaso como jugada de bolsa política.

El problema de las subsistencias, el de los transportes y todos los demás que nos plantea la guerra y que le colocan a España en la misma situación económica interior que la de los países beligerantes debió haber llevado a nuestros políticos a una política análoga a la de esos países y hace tiempo que debía aquí haber una política de guerra aun sin tomar parte en la contienda armada y sangrienta. Pero ya se ve la resistencia a atacar el baluarte de los

grandes terratenientes y de los grandes agiotistas. Y son nuestros Junkers, que los hay, los que esperan que el triunfo de Alemania asegure sus latifundios y sus abusos. Basta decir que mientras se ha tasado el trigo muchos propietarios cobran su renta, calculada en tantas fanegas de ese cereal, no al precio de la tasa de éste, sino al del mercado que parece debía ser clandestino y no lo es. Y es que de nada sirve tasar los productos de la tierra si no se tasa la renta de ésta.

Y todas estas miserias económicas y sociales cifranse en la miseria política de nuestros partidos del régimen con su bolsa de valores políticos. Y en los otros partidos también. El mismo partido socialista ha puesto más empeño en dilucidar los sucesos de agosto pasado que en aclarar la situación internacional de España y protestar debidamente contra la vil mediatización que sufrimos.

Entre tanto están desembarcando en Francia los hijos de la gran Democracia norteamericana, de la que libertó a Cuba y a Filipinas y con ello a los españoles que querían allí vivir una vida libre—no a los funcionarios de Gobiernos ineptos y prevaricadores—y es acaso de esa Democracia de la que podemos esperar, de rechazo, nuestra liberación. El golpe de 1898 no sirvió para despertar a nuestro pueblo a la conciencia de su dignidad y de su independencia, a ver si el golpe de 1918 o de 1919 o 1920, o cuando acabe la guerra, sirve para arrancarnos de esta miserable politiquería de puertas adentro, de este confinamiento troglodítico.

MIGUEL DE UNAMUNO

(Prohibida la reproducción sin citar la procedencia.)

